

abrigo que una lona; la lucha con los parásitos; la alimentación de galleta averiada y bacalao duro como madera; el agua de mal sabor, casi putrefacta, como único refrescante de una comida salitrosa, bajo los ardorosos cielos del trópico.

— Mi única preocupación era cómo podría desembarcar; cómo hacer frente á las primeras necesidades el día de mi llegada á Buenos Aires . . . Yo tenía un pantalón; más bien dicho, dos pantalones: uno viejo y otro nuevo; esto constituía toda mi riqueza. Llevaba el viejo puesto sobre el nuevo para evitar las manchas y los desgastes de á bordo. Un muchacho de mi tierra que venía en el barco, estaba enamorado del pantalón nuevo . . . En verdad, la pieza era magnífica.

Y el millonario, vestido por un famoso sastre inglés, se extasiaba ante la imagen de aquella prenda, que había sido el mejor regalo de su familia: la admiraba con ese ingenuo entusiasmo que nos inspiran á través del tiempo los recuerdos de los primeros años de pobreza é ilusiones. Tal vez era un pantalón de pana, de perneras fuertes y rígidas como el metal, adornado en su parte posterior con una pieza superpuesta, supremo refinamiento de la elegancia campestre.

— Una pieza magnífica — continuó el rico vasco. — Yo pedía cinco pesetas y el chico me ofrecía tres. Así pasamos el viaje. En Río se corrió hasta tres y media; en Montevideo llegó á cuatro, y yo firme en que debían de ser cinco. A la vista de Buenos Aires se entregó el amigo, y yo quedé con sólo los pantalones viejos sobre la carne y un duro en la mano. Tuve que dar una peseta al lanchero y otra al carretonero para que me desembarcasen. En aquellos tiempos, señor, no había puerto en Buenos Aires. El barco quedaba fondeado río adentro, lejos de los escollos de piedra tosca; las lanchas no podían atracar á la orilla, y personas y fardos llegaban á tierra en carretones tirados por caballos. Al entrar en Buenos Aires me quedaban tres pesetas por todo capital. Así empecé mi carrera.

— ¿Y ahora? . . .

— Ahora — contestó con modestia — se tiene para vivir y educar á los hijos. No crea usted que soy un prodigio. Otros llegaron peor y han hecho más fortuna. Don Ramón Santamarina, el viejo, no vino de pobre pasajero como yo, sino de grumete, cuando murieron sus padres en Galicia, y ya sabe usted lo que significa actualmente la casa de los Santamarina: ¡plata!, ¡mucho plata!: una porrada de millones.

Mientras oía este relato de maravillosas fortunas, miraba yo abajo, á la muchedumbre inmóvil, que se dejaba arrastrar durante el sueño hacia el país de la esperanza. ¡Cómo no creer en ella! ¡Cómo dudar de la realidad de la suerte, cuando la vida ofrecía estos inauditos encumbramientos! . . .

¡Adelante la caravana de la ilusión! . . . Muchos caerían extenuados en el sendero, antes de llegar á la cumbre de la fortuna; otros quedarían tendidos en el campo de batalla luego de conocer el éxito, víctimas de su propia audacia; como en todas las empresas humanas, habría afortunados é infelices en este éxodo hacia el bienestar y la riqueza; pero nadie dudaba, nadie sentía miedo ni deseos de hacer un paso atrás: el ejemplo de los vencedores, de los dichosos, inflamaba á todos con la llamarada de la esperanza.

Otra vez la vista de aquellas gentes, dormidas como en un campamento, evocó en mi imaginación el recuerdo de los soldados napoleónicos. Les habían dicho que cada uno llevaba el bastón de mariscal en la mochila, y esto bastaba para que los guerreros marchasen adelante, con paso de héroes.

Caían los camaradas á centenares para no levantarse más. ¡No importa! El que quedaba en pie creíase predestinado para la fortuna, se consideraba de distinta clase que los otros infe-

lices y seguía avanzando. La desgracia de los compañeros servía para darle más fe en la propia estrella, para sentir que á sus espaldas latían la fortuna y la gloria dentro de la mochila, empujándole hacia el triunfo. Si dudaba, la imagen de los mariscales venidos de abajo era bastante para disipar su indecisión.

También cada uno de aquellos emigrantes creía llevar oculto en sus lios de ropas viejas el cetro poderoso del multimillonario, el bastón de mando del «capitán de industria». La duda no era posible. Bastaba recordar la historia de cualquiera de los ricos, llegados años antes al país de las maravillas con igual penuria que ellos, para que al momento renaciese la ilusión, la santa y omnipotente ilusión, maestra de audacias y heroísmos.



UNA DÁRSENA DE PUERTO MADERO

Yo creía adivinar el pensamiento que vibraba en todos aquellos cerebros, entorpecidos por el sueño.

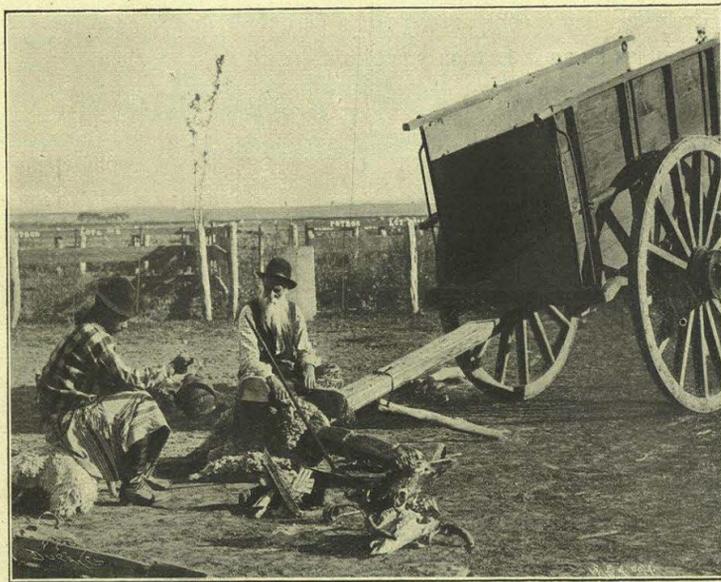
— ¡Llegaré! . . . ¡Mi éxito será igual al de los otros!

Lo mismo que el granadero de Bonaparte que se adormecía en el vivac, seguro de que el bastón de mariscal estaba á pocos pasos de él, metido en el saco, y al día siguiente iba á presentarse la ansiada ocasión de sacarlo de su encierro. Y al despertar con el alba, excitado por estos ensueños, convencido de que al fin había llegado la hora de la fortuna, recibía un balazo de muerte.

* * *

Cuando las muchedumbres europeas de la primera Cruzada, armadas al azar, y sin otra disciplina que el entusiasmo religioso, caminaban hacia Oriente, su fe y su ignorancia les hacían sufrir tremendas decepciones.

Siempre que en el horizonte aparecían las torres y cúpulas de una ciudad, la piadosa é inocente horda estremeceábase de gozo.



EL ABUELO «GRINGO» Y EL NIETO ARGENTINO

zados, cuando imaginaban hallarse próximos á Jerusalén, estaban aún en las llanuras de la Baja Alemania ó de Austria, y el espejismo del entusiasmo repetíase todos los días al avanzar por el centro de Europa, creyendo haber llegado al término de la jornada cada vez que columbraban á lo lejos una ciudad ó un castillo.

La misma ilusión del deseo acompaña á los pobres emigrantes, entusiastas cruzados de los tiempos modernos. La ansiada Jerusalén surge ante sus ojos en toda ribera que costea el buque, en todo puerto donde echa el ancla.

¡Buenos Aires! ¿Dónde estará Buenos Aires? ... Un estremecimiento de esperanza corre por la muchedumbre cuando aparece frente á la proa una faja de tierra. Hasta los más ignorantes conocen la cantidad de días que debe durar la navegación; pero la ansiedad les hace creer en un milagro, en una marcha extraordinaria del buque, y al ver tierra, se gritan unos á otros:

— ¡Buenos Aires! ... ¿Será esto Buenos Aires?

No: no es la ciudad-ilusión. Es Pernambuco, es Bahía, es Río Janeiro; y cuando el trasatlántico queda fondeado á la vista de tierra, los peregrinos se agolpan en la borda, mirando la ciudad lejana, pero sin deseos de bajar á ella, faltos de curiosidad. Para ellos no hay nada que les interese en este país: su esperanza vuela más lejos.

Los que hacen el viaje por primera vez, admiran el color negro y la cropa y lanuda pelambarrera de los lancheros; compran las frutas raras amontonadas en las barcas que circulan como insectos en torno del gigante marino; admiran su sabor exótico, y al fin acaban por volver la espalda á la costa, tendiéndose en sus mantas y colchonetas, aburridos de esta inercia, deseando reanudar cuanto antes el viaje. Buenos Aires es lo que les importa. ¿Cuándo llegarán á Buenos Aires? ...

En la espléndida bahía de Río Janeiro, la hermosura del panorama los conmueve unos instantes. Luego reaparece la indiferencia. Ellos no han de vivir en esta tierra; ¿para qué interesarse por sus montañas rosadas de bizarras formas, y sus calles blancas, con dobles filas de altos cocoteros?

Cuando el trasatlántico emprende otra vez la marcha, la gente canta y ríe, creyéndose

— ¿No es Jerusalén?... Sí: es Jerusalén; la ciudad santa. ¡Hossana! ¡Hossana!

Los viejos gemían enternecidos; los monjes lanzaban su inflamada predicación; los hombres requerían las armas, creyendo llegado el momento de pelear con los infieles; los niños entonaban cánticos y las hembras gritaban de entusiasmo, incorporándose en los carretones, á la cola del inmenso éxodo.

Estos infelices cru-

próxima al término del viaje. Ya no aguardarán más: casi se hallan á la vista de la ciudad de la esperanza: la próxima escala es Buenos Aires. Y transcurren varios días sin ver otra cosa que cielo y mar. Algunas veces se marcan en la línea del horizonte manchas oscuras que parecen nubes bajas y son montañas.

El aislamiento de la navegación, la vida en común con gentes tan diversas en medio de la soledad de los elementos, la marcha hacia otro mundo misterioso, parece haber transformado la moral de los emigrantes, creando en ellos una nueva personalidad. ¡Adiós, timideces del terruño, humildades de familia, miedos rutinarios á todo lo que se sale de la estrecha norma de lo vulgar!

El pobre campesino, acostumbrado en su país al expolio y la miseria resignada, se siente ahora altivo, con nuevas fuerzas para hacer frente á todos los obstáculos. El viento del Océano, al ensanchar sus pulmones, parece echarle atrás el pecho, dando á la cabeza una erguida altivez. Oyendo á los aventureros, á todas estas gentes de extraños países, empieza á considerar con cierto orgullo su condición de emigrante y de pobre. La soledad atlántica, las largas horas de recogimiento, lejos de toda organización social, le hacen apreciar la pequeñez de los hombres y de sus leyes, y se contempla á sí mismo más grande, más poderoso. Las preocupaciones que en tierra firme fueron muchas veces su tormento, las desprecia ahora por insignificantes, viéndose lejos de ellas.

El hombre del viejo mundo desaparece. Cada singladura se lleva algo de su antiguo sér. Van desprendiéndose de su ánimo las timideces y resignaciones de la educación tradicional. Son á modo de escamas del primitivo organismo que se despegan de la piel y caen al agua. Cada día pierde una. Cuando llegue al término de su viaje, será otro.

Siéntese capaz de las más grandes iniciativas. El pobre de Europa, sometido al jornal y á la huelga, sin esperanzas, sin afanes de actividad, que al fin tuvo que embarcarse y emigrar, le parece

ahora un hombre distinto. ¡Lo que trabajará él en el Nuevo Mundo! Hará fortuna á las buenas ó á las malas. Siente en su ánimo la fría audacia, el egoísmo homicida de los aventureros que todo lo justifican con las necesidades imperiosas de la lucha por la existencia. Su alma es la de los héroes de Balzac que contemplaban París desde una altura, con ojos de invasor implacable y desdeñoso, murmurando: «¡Tú serás mío!»



DESCANSO EN LA PAMPA

¡Buenos Aires! . . . Él conquistará la gran ciudad; se batirá con ella á brazo partido para poseerla, para dominarla. Aislado en el mar, lejos de la realidad, en plena fantasmagoría de la ilusión, se considera capaz de los más estupendos esfuerzos. En sus conquistas imaginativas entra por mucho el desconocimiento del país adonde se dirige, esa ignorancia de América que es en el viejo mundo algo secular é incommovible. Sabe que Buenos Aires es una gran ciudad, se la imagina semejante á una buena capital de provincias, pero al mismo tiempo, con bizarra confusión imaginativa, ve tigres que saltan y juguetean como gatos en los alrededores de la urbe; serpientes colosales que ondulan ó se arrollan á los árboles de los paseos; negros indolentes á los que hay que dar con el látigo para que trabajen; indios pintarrajeados y emplumados que asaltan los tranvías de los arrabales y se llevan cautivas á las señoras: una mezcla de civilización avanzadísima y de tremenda barbarie. ¡Desdichado país si no viniesen de afuera los hombres blancos para salvarlo! . . . El alma de un paladín de romances de caballería late en él, quitando todo valor á la palabra «imposible». Matará, si es preciso, tigres y pitones; hará prisioneros á los feroces indios y, pasándoles una anilla por la nariz, los llevará á trabajar ricas tierras, escogidas á su gusto. ¡Él lo hará todo! . . .

Las olas violentas que chocan contra el buque han cambiado de color. Ahora son rojizas, como una melena leonada, y sucias por el barro que llevan en suspensión. Se ve el lejano perfil de una costa por estribor, y los emigrantes abren los ojos asombrados al oír que ya no están en el mar, que este espacio infinito de agua, con su oleaje tempestuoso, es un río, el famoso río de la Plata.

Empieza á anochecer, y en la costa, cada vez más cercana, se marcan centenares de luces. Al principio, forman líneas, como si indicasen la horizontalidad de caminos y bulevares exteriores; luego se hacen más densas, se agrupan, se remontan por invisibles cuevas, se diferencian en rojas y blancas, destacándose las eléctricas como gotas caídas de la luna, entre las temblonas pinceladas del gas.

— ¡Buenos Aires! ¡Viva Buenos Aires! — gritan á proa, con entusiasmo de peregrinos. No, tampoco es Buenos Aires. Es Montevideo.

El buque, tras una detención de algunas horas, sigue su rumbo. Ahora parece que navega sobre algodones. Los pasajeros, acostumbrados al movimiento de todo cuanto les rodea, á sentir ondular el piso bajo sus plantas, á la oscilación general de los objetos, experimentan una extrañeza casi molesta, al ver que el buque avanza, y, sin embargo, parece inmóvil. El río, obscuro, toma blancuras de leche bajo la luz de las farolas de los buques. Una línea de boyas encendidas marca el paso á las embarcaciones en esta inmensidad.

La placidez de la navegación, el momentáneo silencio, el descansar de maderas y hierros que han venido frotándose y cantando con monótono *ric-ric* durante medio mes, todo invita al sueño; y sin embargo, pocos duermen.

La gente, tendida en la cubierta y en los sollados, sueña con los ojos abiertos. Percibe la proximidad de algo extraordinario, algo que la estremece con la emoción de lo desconocido. Cree oír la respiración de un organismo enorme. Buenos Aires está cerca. Y los que ansiaban tanto llegar á ella, vacilan ahora y tiemblan. ¡Adiós, fantasías de la soledad! Ya se hallan vecinos á la gran Esfinge. ¿Cómo irá á recibirles? . . .

Los bravos exterminadores de serpientes y de indios empiezan á dudar de sus fuerzas. Hay algo en el ambiente que repele estas fantasmagorías, que ríe de ellas, como los buenos vecinos de la Mancha reían de los heroicos é irreales propósitos del esforzado hidalgo. El emigrante empieza á sentirse igual á como era antes de poner el pie en el trasatlántico. ¡Acabaron los ensueños del mar! Reaparecen sus indecisiones, sus timideces, su falta de confianza en la suerte.

El animal humano está próximo, la sociedad sale á su encuentro, y esto basta para que se desvanezca el superhombre de vida fugaz engendrado en las soledades de la navegación; el héroe de todos los arroyos, que no reconocía obstáculos.

Apenas apunta el día, la cubierta se llena de gente. Las boyas luminosas destacan sus luces cabeceantes en la penumbra del crepúsculo. Todos se agolpan en la proa deseosos de ser los primeros en la esperada visión.

— ¡Buenos Aires! . . . ¿Dónde está Buenos Aires?

Una cortina de niebla oculta el horizonte. La sirena del buque ruge á ciegas en este ambiente blanco y denso, semejante al de los mares septentrionales. El agua, de un color lácteo, á impulsos de la marea ascendente, choca con manso susurro contra los costados de la nave. Á través de los espesos telones de la atmósfera pasan otras sombras lentas, enormes y negras:



UN PRADO ARGENTINO

vapores que avanzan con la grave calma del peligro; veleros de arboladura escueta que se deslizan siguiendo sumisos el tirón del remolcador.

De pronto, el trasatlántico modera su leve marcha; apenas se mueve ya. Al mismo tiempo desgárranse los velos del horizonte y la luz pálida de la mañana saca de la bruma todo un mundo. Aparece á ambos lados del buque el río inmenso, sin orillas, como un mar de dilatados horizontes, y frente á la proa una ciudad, más bien dicho, una extensión cubierta de edificios, ilimitada, sin términos visibles, infinita como la superficie acuática.

— ¡Buenos Aires! ¡Al fin! . . . Esto es Buenos Aires.

La retina no puede abarcar los muelles, que se pierden de vista; las dársenas llenas de buques, que se esfuman en el horizonte; los almacenes y elevadores de trigo, altos y majestuosos como catedrales; las arboledas que siguen la ribera; las calzadas polvorientas por donde pasan trenes y rosarios interminables de carretas. Detrás, altos edificios y suaves rampas marcan una altura, una cuchilla de tierra, el perfil de una meseta de contornos pulidos por el secular arrastre del río; y sobre esta meseta se extiende la urbe, uniforme, baja, monótona, pero de una grandiosidad inabarcable; una ondulación de tejados grises, que se pierde en el horizonte, que avanza tierra adentro, borrando toda idea de límites, desorientando á las imaginaciones, que en vano pugnan por abrazarla; un caparazón gigantesco, en el cual cada escama es la cubierta de una vivienda; un escudo inmenso é igual, del que sobresalen torres y cúpulas como un adorno de clavos, y borlones de seda verde, que son frondosos jardines.